

## ***EL POLIFEMO DE ALFONSO REYES***

---

***Bettina Pacheco***

---

*La palabra no entrega su virtud sino a quien conoce y siente su pasado. Esta atinada observación la expresa Tomás Navarro Tomás, a propósito de Alfonso Reyes, (1) en un ensayo en el que exalta las cualidades de la *palabra hablada y escrita* del gran escritor mexicano. Estudioso aplicado de la literatura española, de las fuentes antiguas del idioma, Reyes afincó en sus raíces hispánicas el mexicanismo de su estilo, impregnándolo de *vigilante modernidad*. Es así como para Navarro, el acento español de una expresión en la que la monotonía no tiene cabida, sigue con intención y esmerado cuidado la tradición que es también razón de su depurado *temple mexicano*.*

*Sólo lo difícil es estimulante*, comenzará diciendo Lezama Lima en *La expresión americana*, (2) máxima heredada quizá de Góngora y de su esmerado escribir *embozado y enigmático*, con el que cumplía su consigna «*escribo para pocos*» de la que hacía alarde. Ambas sentencias expresan la pasión por lo hermético, por *esa raíz oracular de la poesía* que los juglares del *trobar clus* practicaban como exigencia de toda poesía de mérito, de la que nos habla también Lezama pensando a Góngora. (3) Eco americano al gongorismo, para decirlo de nuevo con expresión lezamiana, será sin duda un trabajo que Alfonso Reyes realiza, en 1923, para la Biblioteca Índice de Madrid: *El Polifemo sin lágrimas*. (4)

Partiendo de la motivación exegética que las dificultades de la obra gongorina le despierta a un lector culto, acucioso y sensible, por el hermetismo que la caracteriza, así como por las varias versiones que existen de esta obra que no fue reunida en libro por el autor —junto a los continuos retoques que éste le hacía a sus poemas— Reyes hace una recreación de la tan famosa *Fábula de Polifemo y Galatea*.

Sin intención crítica ni ponderativa, tal recreación nos cuenta la fábula en una libre interpretación cuyo propósito es el de convertirse en un ensayo de divulgación, como el mismo autor lo señala en su dedicatoria a Dámaso Alonso, a quien exalta por su labor exegética y su erudición gongorinas. Tomando atrevidamente la voz de Góngora, en *subterfugio a manera de discurso póstumo*, Alfonso Reyes se propone llevar al lector común una poesía de suyo exquisita, y muchas veces inaccesible, creando de esta manera un *Polifemo latinoamericano*.

Nuestra afirmación anterior se despoja de exceso si atendemos de nuevo a Lezama cuanto apunta que es en América donde realmente logra captarse el *chisporroteo, el fuego metálico* de Góngora: gongorismo, signo americano que es para Lezama *frenesí innovador, rebelión desafiante*; canon gongorino apreciable en el colombiano Hernando Domínguez Camargo, en

los mexicanos Carlos de Sigüenza y Góngora y Sor Juana Inés de la Cruz, *onda larga de la asimilación del barroco* que alcanza al propio Alfonso Reyes, citado por Lezama en su reconocido ensayo, a través de unos versos por él dedicados al vino francés.

Por su parte don Alfonso, al justificar las libertades que se toma en cuanto a puntuación se refiere, la cual no estaba fijada en el siglo XVII, como lo está hoy, observa: *¿Y no es el primer deber de toda reedición respetable y respetuosa el jardinar la anarquía que entonces era tan manifiesta y tan incómoda, al ajustar las arbitrariedades de aquella puntuación que tanto afean los viejos textos?* (5) ¿Es esta la razón por la que se trata de un «Polifemo sin lágrimas»? ¿Hablamos, entonces, de una exégesis que nos lleva con tiento, con gusto, con erudición que nos ahorra algunos de los dolores del sin sentido, a los que seríamos erráticos lectores, sin esta ayuda, en nuestra calidad de no inicios en las *reacias estrofas del Polifemo?*

Reyes acude al llamado lezamiano para estudiar los poemas como *cuerpos vivientes*, ya que no de otra forma deseaba ser recepcionado Góngora cuando, al justificar en una carta lo embozado y enigmático de su poesía como uno de sus más altos valores, revela su deseo de que el poema no enmudezca en el papel sino que viva y crezca en la mente del lector, haciéndolo partícipe de los poderes creadores de la poesía así como del placer retador de la investigación.

De acuerdo a la manifiesta intención de acertar con lo que el poeta dijo y quiso decir, ¿qué es lo que la *musa le dice al oído* a don Alfonso cuando lee las primeras veintiocho estrofas del Polifemo? Primero escucha el sustrato mitológico del poema, luego apunta la erudita referencia a la hermandad con el habla poética de creadores de la antigüedad grecolatina, italianos o españoles. Por ello al «traducirnos» la primera estrofa, hace que Góngora nos confiese sus recuerdos de Garcilaso, Ovidio y Teócrito, entre otros, así como la polivalencia de esas «purpú-

reas horas» en que le fueron dictadas sus rimas que bien podrían ser una alusión a los rubores del amanecer, como también a las horas *puras, hermosas y diáfanas* en la acepción que Horacio utiliza al hablar de «cisnes purpúreos». Importa destacar también cómo el Góngora de Alfonso Reyes es un poeta consciente de la inmortalidad de su obra cuando lo hace adivinar el «zarpazo de genio» que sus futuros críticos percibirán en sus versos.

La estrofa II de la fábula ofrece la imagen que retoma Lezama para exaltarnos la poética gongorina; en ella el poeta solicita que la caza de cetrería, tan del gusto del conde de Niebla a quien está dedicado el Polifemo, deje paso al canto lírico, que se cambie el cuerno del montero por la cítara del poeta. Y en este intercambio relumbra la poesía, puesto que en la analogía lezamiana el tratamiento del verso por parte de Góngora «recuerda los usos y leyes de las aves cetreras»: «una capirota cubre los ojos de estas aves creándoles una falsa noche», para luego en una «momentánea incandescencia cobrada por el objeto», gracias al repentino descubrir de los ojos del ave, se llega al sentido embozado, a la «luz oída», «al cantío transparente de los ángeles al frotarse las alas».

En la estrofa IV, Reyes destaca el gusto por la ambivalencia estética que revela Góngora cuando el verso *pálidas señas, cenizoso un llano* podría remitirnos a la ceniza que produce Vulcano, quien tendría su fragua al pie del monte Lilibeo, según una de las referencias mitológicas a las que se alude en la estrofa, o a la pálida tumba de Tifeo, enterrado bajo la isla de Sicilia, la otra alusión mítica. También en esta estrofa se desmiente a los que han visto un pleonasma en el verso *el pie argenta de plata al Lilibeo*, puesto que se trata más bien de un provincilismo, ya que es del uso coloquial en Córdoba, tierra natal de Góngora, decir «argentar de plata» o «argentar de oro». Dato interesante sobre un uso del habla regional española que Don Alfonso califica de disparate gracioso.

Igual placer intelectual nos produce la alusión erudita a un posible significado del adjetivo «infame» en el famosísimo verso de la estrofa V: *infame turba de nocturnas aves*. Para responder a la pregunta ¿por qué son infames estas aves? Reyes recurre a Ovidio quien en su *Metamorfosis* habla de aquellos héroes míticos que por haber cometido alguna falta contra los dioses eran convertidos en seres nocturnos: Ascáfalo transformado en búho, la ninfa Nictimene, convertida en lechuza por el pecado de incesto.

Con respecto a la estrofa VII en la que se nos describe a Polifemo en toda su desmesura, similar a un monte, Reyes nos recuerda cómo se intertextúa aquí *La Odisea* de Homero, ya que en ella se alude al sobresalir del gigante, como *boscosa cumbre*, en medio del paisaje, así como al uso de un gran árbol como bastón o cayado para conducir sus cabras. Otro dato interesante y erudito incluye el comentario de esta estrofa, como es la referencia a Boccaccio y su ingenuo especular sobre la posible existencia real del Polifemo de la tradición grecolatina, en atención a que en vida del escritor italiano unos pastores de Sicilia descubrieron una cueva en la que encontraron el cadáver de un gigante con un báculo en su mano izquierda.

De resaltar el espíritu barroco de Góngora no se exime este *Polifemo sin lágrimas*. Por ello se alude al gusto del poeta por el juego de los equívocos, ya que estaba en su naturaleza mezclar lo grave y lo cómico, así como su disfrute en silencio de las polémicas que sus hipérbatos o el insólito espejear de sus conceptos, poco usuales, causaban en el *mundillo literario de Madrid*. Con respecto a uno de ellos, el que la *rubia paja sea pálida tutora* de la pera, censurada por algunos en su tiempo, Alfonso Reyes hace una asociación con la oda *A la agricultura de la zona tórrida* en la que Andrés Bello escribe: «Sus rubias pomas la patata educa», extendiendo así el hilo de la tradición gongorina hasta la poesía de nuestro siglo XIX.

Ese espíritu barroco no deja de manifestarse constantemente a lo largo del poema, como se observa por ejemplo en los contrastes entre la descripción de Galatea, toda blancura, belleza y luz, frente al lóbrego Polifemo, desmesura y oscuridad. Claroscuro, descripción de Galatea en la que Alfonso Reyes nota el afán de Góngora de remozar la tradición. Es posible reconstruir así una poética en la que se juega con la arbitrariedad de la imagen que, gracias a una «confusión calculada», sólo permitida por los fueros de la poesía, es posible el enredo de atributos presentes en la estrofa XIII, en la que Venus cede su cisne emblemático a Juno tomando a su vez el pavón que representa a esta diosa. Juego con las alegorías grecolatinas que en el estrofa XV «pide pinceles» según la acertada observación de Reyes, cuando en dicha estrofa Cupido, *que sin fanal conduce su venera*, se desplaza sobre el mar en una concha. No deja pasar, Don Alfonso, las connotaciones eróticas que la concha tiene en el arte antiguo y moderno como bien nos lo recuerda citando a Mallarmé y a Verlaine.

No nos queda más que apuntar, al final de estas notas, que el gigantesco Polifemo quizás fue para don Alfonso Reyes imagen de la desmesura de América, de la búsqueda e invención de una realidad y de una tradición. Porque si nuestra literatura es de tradición española desde que reconocemos que parte de ella —si exceptuamos los textos indígenas— nació en el seno de los esplendores lingüísticos del barroco español, muchos de sus textos «clásicos» serían para la literatura latinoamericana textos de «fundación» que contribuyeron a la formación de nuestro imaginario y de lo que Guillermo Sucre llamaría nuestro «linaje idiomático».

Así, no es difícil encontrar en Vallejo giros y vocablos que vienen del *Cantar del Mio Cid*, o en *¿Águila o Sol?*, de Octavio Paz, los ecos de *Los sueños* quevedescos, como lo apunta el mismo Sucre, o la voz del *Lazarillo de Tormes* en la novela *Maluco* de Napoleón Baccino Ponce de León o escuchar en la poesía de

Eliseo Diego murmullos machadianos. Por ello nos urge volver a la lectura de la gran Literatura Española, de darle el espacio que se merece en las aulas, de emprender estudios de Literatura Comparada para poder valorar, articular y comprender mejor nuestra propia producción literaria. No tuvo otra intención Alfonso Reyes, cuando nos permitió que nos ajustáramos sus lentes para leer de nuevo la *Fábula de Polifemo y Galatea*, que la de hacernos subir la cuesta del verso gongorino con amor americano.

## NOTAS

- 1 Tomás Navarro Tomás. *Los poetas en sus versos*. Barcelona. Ariel. 1982, pp. 329-335.
- 2 José Lezama Lima. «La expresión americana». En *El reino de la imagen*. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1981, p. 369.
- 3 Sierpe de Don Luis de Góngora, *Ob. cit.* p. 240.
- 4 Alfonso Reyes. *El polifemo sin lágrimas*. México, Fondo de Cultura Económica, 1986, p. 61.
- 5 Alfonso Reyes. *Ob. cit.* p. 74.
- 6 José Lezama Lima. Sierpe de don Luis de Góngora, en *Analecta del Reloj*. *Ob. cit.* pp. 239-244.
- 7 Guillermo Sucre. ¿Imitar una imagen o fundar una experiencia. en *Simposia*. Universidad Simón Bolívar, 1980, p. 63.